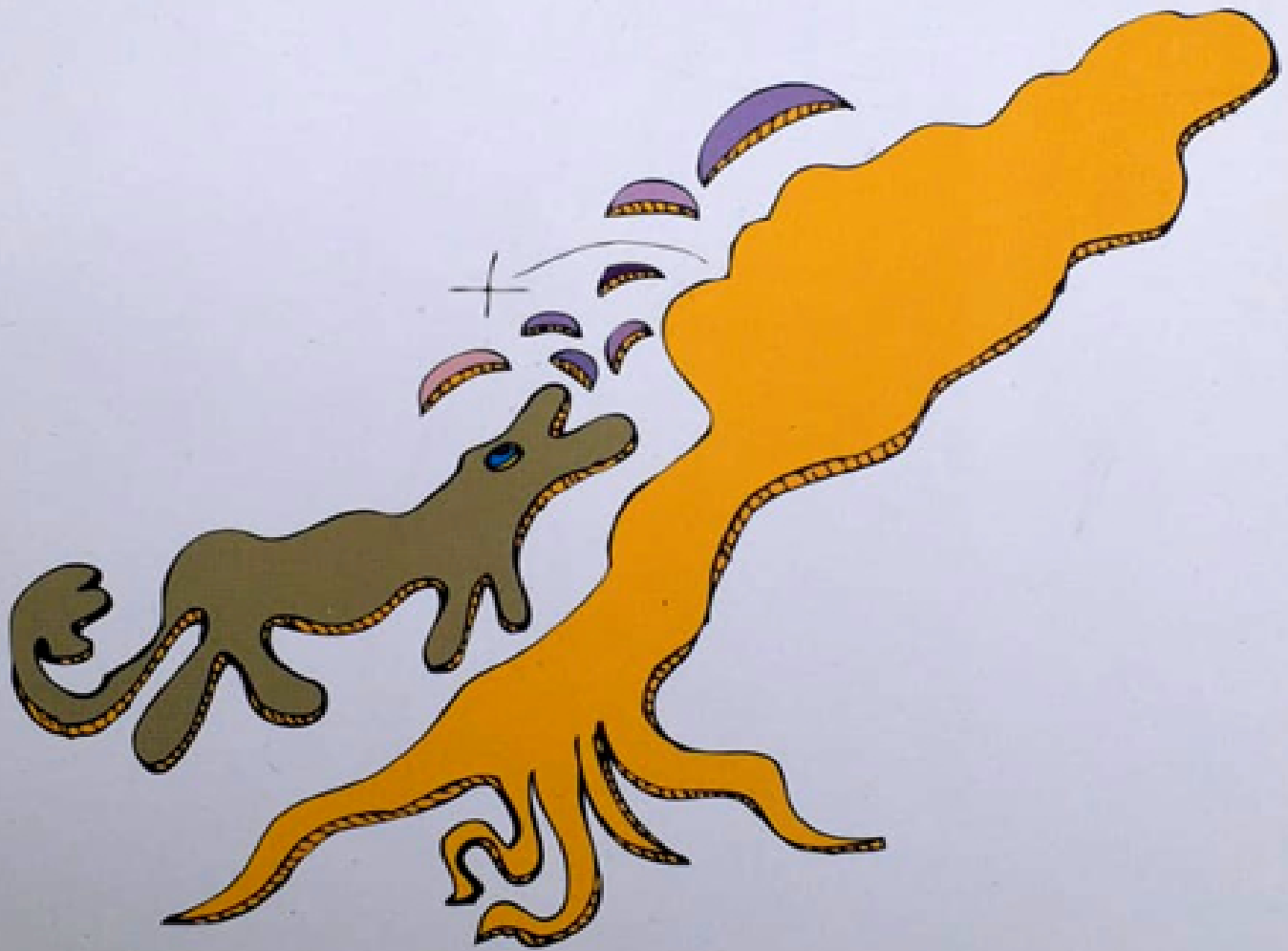
biblioteca patagonia / poesía

Museo de varias artes

Juan Carlos Moisés



el camarote
EDICIONES

Juan Carlos Moisés

Museo de varias artes

1° premio del Fondo Nacional de las Artes,
Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial, año 2005.
Jurado: Alicia Genovese, Irene Gruss y Guillermo Saavedra.
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
ISBN-10: 987-2214-5-0
ISBN-13: 987-987-22114-5-5

a Clara
a Edgar y Nazim
a la memoria de mi abuela María

En el Ícaro de Brueghel, por ejemplo; cómo todo se aparta
deliberadamente del desastre.

W. H. Auden
(“Musée des breaux arts”)

En el paso de las aves contemplo mi desesperación.

Günter Eich
(“Fin de un verano”)

GUIA PARA VISITANTES

Bienvenidos al Museo de varias artes. Se sugiere que tengan la precaución de entrar arropados, porque el otoño se acerca y el invierno espera con el deseo de hacer lo suyo. El espacio a disposición tiene límites naturales pero el horario de atención no se interrumpe. Pueden permanecer el tiempo que crean conveniente. Horas, días, semanas, meses. Pueden entrar a la mañana (la mañana que se transforma en un objeto bajo la mirada), a la tarde y a la noche (otros objetos que tienen su atributo). De modo que, con la inquietud que eventualmente los acompañe, pueden ubicarse con comodidad entre la luz del día que comienza y la penumbra de la noche que se borra. De hecho, pueden quedarse y no quedarse mirando lo que nace tantas veces y se modifica, después, más allá de los ojos. Es posible que fuera de la mirada se pueda estar más ausente de sí, más abarcativo, más impersonal y presente, para comenzar a formar parte de los objetos que se perciban.

1

El damasco

El damasco

Antes de que ocurriera
yo no sabía nada.

Raúl Gustavo Aguirre
(“Señales de vida”)

En estos primeros días de otoño
el damasco sigue siendo un damasco,
flaco de aspecto pero fiel
a su carácter,
con unas pocas hojas
aferradas de las uñas
que demoran el desprendimiento.
Da una especie de lástima.

Si lo comparamos con el plano
de la pared del fondo,
con los ladrillos parejos
quemados a fuego, chamuscados,
superpuestos en hilera rigurosa,
esas ramas desiguales modifican
las cosas dispuestas de antemano,
lo uno y lo otro, el fondo y el objeto
de lo que enfoca la mirada.
La perrita, que llamamos Nube
por las manchas claras de color
en su pelo, no es parte del damasco
pero se involucra como si lo fuera,
y hasta se diría que espera el clic

que no espera el damasco
de quien lo mira.
Nubes siguen siendo también
las que miran desde arriba,
prendidas de lo que trepa.
Las ramas se desprenden
de los gajos
como si quisieran ser parte
de otro árbol, pero no tardan en volver
para poner las cosas otra vez en su lugar:
la rama, donde hubo rama,
la hoja, donde hubo hoja.

Árbol movedizo por donde se lo mire,
nunca es el mismo.
Su forma es informal, para decirlo
de otro modo.
El movimiento
engaña en su dirección,
las ramas insinúan que se tuercen
cada una para su lado.
Creemos que la estructura
va a desmembrarse
y que después de un instante
nos quedaremos sin árbol ante los ojos.
Esto no es así, el damasco produce
una especie de pataleo impreciso,
un fluir de ramas gruesas y delgadas,
y poco importa en verdad
al cabo de un momento
la magnitud del camino,
ancho o angosto, recto o sinuoso,

porque la forma se las arregla
para descartar lo que parece
y quedarse con lo que es.

Si miramos tras los racimos
de hojas, se deja ver el cuerpo,
las costillas del condenado.
Quedó indefenso, pero no dudó
cuando la oleada de humo
de la fogata de hojas secas
que se elevaba en el patio del vecino
hizo un giro en remolino
y lo envolvió, ni le hizo mella
que en un momento de confusión
se hiciera lo que parecía
la noche anticipada.

La noción de tiempo
es a nosotros que confunde.
Todo pasó y el desafío del árbol
provoca una nueva irrupción
de la realidad en los sentidos.
Que asimismo los sentidos
son provocativos con la realidad
es lo que incomoda, pero no al damasco.
El énfasis de su aspecto
se presta a una definición incierta.
Llama la atención por lo que calla
y rehúye, pero sin bajar los brazos.
Marca su territorio con sólo estirar
el pescuezo; de animal tiene lo suyo
como nosotros de árbol.

Su trazo es delgado y es vago como el vuelo
de una mariposa con las alas asimétricas
que no encuentra el rumbo ni acierta
con el ritmo de su desplazamiento.

Algo desentendido hay allá arriba
que produce entredichos.
Un color último se manifiesta
en diversos tonos que se extravían
y no tienen continuidad,
pero aun lo breve se debate
con crispada tensión.

El efecto de la luz en esa variedad
de detalles descompone la forma
y los espacios ocupados hacen olvidar
los vacíos que envuelven al árbol.
Miramos dramáticamente,
obligados como estamos a definir
esa cosa viva llena de padecimiento.
Y mientras una rama se ha desnudado
toda a lo largo, otra permace unida
a sus hojas, distraída,
ajena a las modificaciones
que se van sucediendo sin que nada
podamos hacer para alterar
el libreto de su tragedia.
Salvo que como el gato
tuviera seis vidas más para arriesgar
en un juego que, lo sabe,
no tiene los naipes marcados.

No es comedia, como quisiéramos.
El caso es que lo sabemos,
como sabemos que nuestras manos
son incapaces de resolver
el cálculo de posibilidades
de un destino inseguro.
Apenas somos mirada y voluntad
para las intenciones que calla.

Lo mínimo fluye ahora,
mientras vamos apresando
al damasco que hay en el damasco,
como un modelo bajo la pincelada
que tantea el vacío.

No hay manera de escaparle
a las definiciones.
Por lo bajo el árbol se ríe
de lo que pienso de él,
porque sabe quién soy,
y el crédito que no me da
es la duda que ahora le devuelvo.
Nunca está todo dicho, aun
entre viejos amigos
que en medio de la verdad
se quieren y necesitan sin condiciones,
porque uno justifica al otro
y la diferencia los complementa.

El damasco no es lo que fue
ni es lo que será,
y todo eso, sin embargo, es

un continuo que no pifia
pero engatusa.
Mirándolo me miro a la cara
para interrogarme, para saber
si es posible un pensamiento
sin abolladuras.
Siento, luego pienso, es
lo que digo, lo que creo que digo,
o lo que debería decir.
Estoy dispuesto a caer en su trampa.

De tanto mirarlo vemos que muestra,
esquivo y mordaz, lo más obvio y conocido.
No porque esquive las preguntas
se presta a una confusión inútil.
Su certeza puede más
que nuestra desconfianza.
El árbol no quiere darse
por enterado de lo que silbo.
Pronto mi cuerpo se inhibe en el encuentro.

Si aflojar las piernas
fuera algo más que una ilusión,
le haría bien caminar
un poco por ahí, como nosotros;
tanta tierra por delante
lo mantendría ocupado
y no se pondría pensar
en problemas de difícil solución.

Por momentos se me hace
que anda

con el cuchillo bajo el poncho,
como si nadie lo supiera.
Lo que todavía no sabemos
es cómo se reparte
la muerte en su corazón
ni qué sentimiento bombea primero
al resto del diseño, porque semeja
vivir sin preocupación como una boca
sin palabras.
Eso que llamamos damasco
permanece en apariencia
cerrado, ensimismándose, ajeno
a lo que pasa.
Sin embargo, el otoño
se ha ensañado con el árbol
en este breve día de mayo.

Lo que se había elevado
cae sin peso, sin remordimiento.
Ahora esas hojas miran desde abajo.

Llega el frío y pueden imaginarlo:
cambia su aspecto pero no su orgullo.
De pie y a menos de dos metros
de distancia busco mis manos al final
de mis brazos abiertos.
La vecindad me devuelve
restos del verano: pétalos oscuros,
hojas secas, carozos descarnados,
macerados por acumulación.

Hasta no hace mucho el damasco despedía

aromas fragantes, y ahora,
cuando una ráfaga anticipa la lluvia,
se dobla con un quejido.
Los arrebatos del viento lo modifican
previendo un final.
Los ojos que miran
se adelantan en el dolor.
Esos golpes bruscos lo deshojan casi
completamente, la humedad que lo cubre
queda a la vista, oscurecida,
pero la luz ha surgido
de algunas hojas como un cosquilleo
que despierta la curiosidad
de quien se ve envuelto en su misma red.

Las hojas que se volvieron negras
tiran de las más claras;
saturada está la base, el tronco
donde nace, y fragmentaria su copa,
su parte de cielo que se mueve en abanico,
sin quejarse pero con chuchos.
Nos olvidamos de aquel aspecto
y la atención nos lleva
a la parte superior
donde las formas precarias
dibujan nuestro acertijo.

Las hojas de arriba se pierden primero,
algunas comienzan a mostrar agujeros
como si la materia tendiera a romperse
por tensión de sus partes individuales;
muestran perforaciones con signos

evidentes de que tarde o temprano
algo se degrada,
a la vez que otras pocas hojas permanecen
indiferentes, ajenas a cualquier posible
modificación, y esto es engaño
también y es astucia.
Lo inevitable
termina por suceder.
¿Pero qué es lo inevitable?
¿Es ir de lleno hacia la nada
sin recorrer el camino?
Buscamos alguna posibilidad
para el damasco mientras padecemos
un estremecimiento: el árbol
reflejado en nuestros actos.

La única esperanza es que todas
las respuestas puedan ser saciadas
no bien traspuesto el invierno.
¿Pero qué es todas?
¿Y cuáles las respuestas?
En nuestra duda se hace fuerte el damasco.

Piel de gallina en nuestros brazos;
es el frío del invierno anticipado
que hace el efecto por sorpresa.
La forma se desnuda; inocencia
es lo que no puede esconder.
El damasco también está hecho
de palabras, y las palabras
de tiempo.
Todo eso sigue ahí, cerca,

en el jardín, próximo a la ventana
mostrando las hilachas.
Hilachas, no pinceladas.
Podría pasar por una acuarela;
recuerda a las acuarelas
de Pompei Romanov, un artista ruso
y ‘real’ que supo vivir sus últimos años
pintando como un impresionista
tardío en medio de las chacras,
árboles, pastos, aguadas,
de esta tierra perdida.

También podría ser un dibujo
con unas rayas hechas a cuchillo
en el papel, tiradas a ciegas para hacer
notar el efecto de la casualidad
antes que de la furia.
Pero no es casual ni hay abstracción
en su lucha personal, osada y pendenciera.
Es una nueva posibilidad
para el damasco.
No sé
si esos intentos lo tranquilizan
o lo ilusionan; lo que conmueve
es la audacia de su naturaleza.

Y si lo real es posible en esa forma
que asume su revés, podremos glosar
pantomimas antes que palabras
sin que le haga mella
el resultado.
Imitarlo, parodiarlo, padecerlo

o reírnos con él de lo que somos.
Contar su historia en la nuestra
y la nuestra en la de él.
Ser eso de lo que hablamos.

Cada posibilidad se suma para que avance
la idea sobre la cosa, la envoltura
o la falta de ella,
en esa humanidad increpada.
Vuelve a hacer lo suyo la memoria
por un instante: pienso en los frutos
que dio en el verano
contra los cuales se ensañaron
cada mañana chingolos y zorzales.
Aquellos frutos, dulces y jugosos,
tuvieron su momento;
las huellas de esa violencia
puede verse en unos pocos
carozos acribillados que todavía cuelgan,
secos, aferrados a las ramas.
Lo que salvamos
se encuentra en la despensa:
unos frascos de mermelada
que hicimos cocinando
la pulpa azucarada a fuego lento
sobre la hornalla y revolviendo
con la cuchara de madera
hasta el punto que indicaba la receta
casera que nos dio mi abuela María
en su cocina de la chacra
cuando la visitamos el último verano
mientras nos hablaba

de su infancia española.
No le temblaban las manos curtidas
cuando refirió detalles de su padre
deportado por causas políticas en el 35.

De estas cosas también se hace un árbol.

Lo que fue en el damasco
vuelve a ser un desafío sin condiciones,
lejos de un aire veraniego
que sigue en contacto
con el paladar y la lengua.
No hay acto fallido para los sentidos.
Muchas cosas se han ido sumando:
la tierra oscura, las hojas alrededor,
opacas y dispersas, y una vereda,
a su derecha, que refleja una parte
de cielo.
Reflejo de reflejos,
así vamos de cabeza hacia el árbol real.

Sólo en lo alto de esas ramas
desgraciadas la luz permanece
apiadándose por un momento.
La oscuridad empareja las formas,
las últimas hojas comienzan a definirse
con gruesa imprecisión.
El damasco se hunde en la noche
como si se alejara de nosotros;
diría que nos arrastra con él.
Raro: ninguna queja en el dolor.
Nos tiene agarrados.

Es un escarmiento moral
para los que esperamos algo
de las palabras.

Sabemos que todavía permanece
porque un contorno sugerido,
un arco leve se curva de arriba abajo.
Un pedazo de copa, de rama separada
y de hojas solas se desdibujan en el cielo
donde hay menos oscuridad que a ras
de tierra, donde de algún modo
la realidad se ha ido
o se ha borrado; sólo
por el movimiento de esas hojas
—que pudieran ser otra cosa—
sabemos que algo todavía queda.

Lo que muere se resiste un poco,
nada más, y el damasco, el pequeño
frutal plantado en los fondos
del patio, dice y no dice
que no quiere saber nada con la nada.

2

El manzano

El manzano

Y con buenos modales en las fiestas mundanas
sonríe para adentro sabiéndose dueño de un secreto poderoso.

Alfredo Veiravé
("Historia natural")

Esta es buena tierra, dijo mi tío.
¿Buena?, ¿buena para qué?
Para vivir, para estar plantado,
para charlar con pajaritos.
¿Nada más?
Agregue los vecinos
y los caballos que andan por ahí.
¿Nada más?

El árbol no está a salvo
de ninguna cosa, ni de lo irreal.
Habrá que ver si sus palabras
dicen la verdad.

Un tiempo atrás, digamos
cuatro años, en este lugar
no había nadie, ninguno
de nosotros estaba para mirar
y no estaba el otro para ser mirado.

Tampoco estaba para hablar.
Ni siquiera para piar.

Mis manos cavaron y hundieron el podo
en el hueco; de lo demás se ha hecho
cargo el manzano, lo que puja
desde abajo y lo que tira
desde arriba.
Éste es el día, ahora es el momento
para mirarnos a la cara;
dos conocidos que un día
se vuelven a cruzar en el camino
y se detienen unos minutos a saludarse.
Ha pasado el tiempo.

Acá parados, tímidos antes que intimidados,
nos miramos sin hablar; podríamos cantar
para disimular el efecto del encuentro.
Podríamos silbar, embolsar
el aire que nos sobra después de hablar,
y esperar una respuesta
uno del otro.

Sin esta luz no esperada
del invierno que comienza,
la atención hubiera sido otra
y otras las palabras, si no la mudez
que traen ciertos días de pesadumbre,
desinterés, desgano.

¿Le habría prestado atención
si otro hubiera sido el cantar?
Entre el oír y el mirar se resuelve
esta historia de paisanos,
como se les dice a los que son

de la misma tierra.

No quedan dudas, el manzano
está aquí, diseñado minuciosamente,
medido y premeditado,
ajeno a cualquier ligereza
de la imaginación.
Las ramas gruesas ciñen por dentro
una estructura, y las finas, alrededor,
actúan zumbonas pero equidistantes.
El tronco levemente curvado amenaza
con una imperfección,
sin embargo es un rasgo que lo hace real
y evita que se lo confunda
con una espontánea efusión de la mente.
Ahora, vacío de fronda, algunos pajaritos
simulan hojas que resisten:
hojas que trinan en todo caso
y que no tardan en volar
porque la belleza está de paso,
insostenible para el que observa
e irremediable para quien, también,
apenas se sostiene en su verdad.

Se dice que las apariencias engañan.
¿Engañaría el manzano?
¿Para qué engañaría?
Para defenderse, para pasar desapercibido,
para reírse de nosotros sin reírse.

En la primavera del manzano
brotaron capullos rojos en medio

del verde de las hojitas
y empujaban para realzar
el contraste.
Se tendría que haber detenido
ahí, como una fotografía,
pero siguió adelante porque tenía
que seguir, hecho de paciencia,
hasta que se abrieron los capullos,
pispeando con la cara al aire
para saber qué clase de mundo era éste
en el que se habían asomado.
Cinco pétalos blancos por pimpollo
no tardaron en mostrarse de pies
a cabeza, bien abiertos
para transformar el rojo en un rosa pálido
que el blanco borró sin culpa.
Después la brisa o el viento
de la tarde desprendieron esos pétalos
debiluchos y los desparramaron
como nieve por todo el lugar.
Era la epifanía de un invierno
que volvía con todo su esplendor
a hacer de las suyas
como un chico feliz con sus juguetes.

¿Y el otro manzano que prometía?
¿Habrá más para ver?
Sí, hay, hubo,
ya vamos por la tercera o cuarta
versión de un árbol que no da
puntada sin hilo con su pinta.

Y sin embargo, cuando se vaya
el último visitante
acá ya no habrá nadie
que pregunte por él,
cuando añore el antes y el después.

Implacable es la época para quien espera
que todos lo miren en el baile,
siempre en pose, atento a la música
que envuelve, pero llega el momento
en que todo termina y los músicos
de la orquesta se van
con sus instrumentos a cuestas
y nadie queda en la pista,
sólo la sensación de alegría,
no la alegría.

Hablamos de él
y nada podemos hacer
que no sea apiadarnos, acaso
tocarlo, ponerle una mano en el hombro
y que todo esté dicho, de amigo
a amigo, de compadre a compadre.
Otra cosa es hablarle,
aunque no nos escuche.

Hablar, hablar, ¿hablar de qué?
Pienso en las palabras
que vemos hundirse en tierras poco
propicias, las palabras
que damos de beber como al sediento
y debemos cuidar del yuyal que se entromete,

de la maleza sin argumento.

No es la luz que titila
sino su respiración, a golpecitos,
que hace temblar las ramas nerviosas
por evitar el papelón.
Otro manzano espera su turno
simulando que la boca ríe.

La angustia es del que mira,
y si todo es a medias, un dolor
o una depredación duran demasiado
en el discurrir del manzano.
Los ojos buscan en esa forma
alguna justificación o consuelo,
y sólo terminan hablando
de lo que no trasunta, por obsesión
antes que por precisión de las palabras.
La cosa necesita estar en buena tierra
para justificarse y dejar que el tiempo
produzca las modificaciones
a su antojo, porque un manzano
a disposición de la eternidad
no es poca evidencia.

Sabemos que en los próximos días
la delicada estructura dependerá
de la furia del temporal
o de la perrita que una vez más
se acerque a mear,
sucesos ajenos, imprevisibles
para la suerte que corra el manzano.

El gato, atrevido, lo vieran,
tomó la costumbre de afilar sus pezuñas
en el tronco, donde quedaron las marcas,
rayas verticales en la corteza
que no se pueden borrar
sin dañar al manzano.
Su suerte está echada,
pero hasta donde lo dejen
trabajará frunciendo el ceño para seguir
el camino trazado de antemano,
el dibujo proyectado en el aire.

Cualquiera diría que es una telaraña,
y si no fuera porque el tronco aparece
claro, nítido, sosteniendo la copa por el rabo,
podría pensarse que la telaraña
está suspendida como una pompa
de jabón, aunque un poco rígida:
las pompas de jabón resisten
mientras sus finas paredes curvas
no se tensan,
y la rigidez, sabemos,
es lo que produce el rompimiento.

Ante un cuerpo alterado
la piedad es lo primero; el resto
es añadir dolor al dolor.

La lluvia nos recuerda algo guardado
hace mucho tiempo:
lo que fuimos alguna vez,
lo que ya no somos.

Dice mi tío que las historias
se cuentan mejor
en días de lluvia.

El temporal de tres días,
sin embargo, hizo todo
lo que había que hacer
para ponerlo en evidencia.
Ahora se aprovechó el viento,
y no hubo respuesta del manzano;
dejó hacer, titubeó, se arqueó
como un pez en el agua
con el anzuelo clavado en la boca,
y nada más.

El aspecto produce
una especie de molestia
-se diría: de descarnado sufrimiento-,
hasta que el instante pasa
y la forma comienza a inquietar
por su inmovilidad, su no hacer.
El manzano perdió todo lo que tenía
para perder en este tiempo.
Queda un resto de forma que sugiere
lo demás, lo que es y lo que vendrá.
No sabemos si este tiempo grotesco
se desplazará en bloque hacia el árbol,
o si el árbol irá sin condiciones a su encuentro.

Lo que se puede decir de él
está a la vista; bastaría con no pestañear
mientras dura el desconsuelo.

Pero mirar, llegar con una mano,
despierta o atontada,
es otra cosa, y eso hago
para no morir de irrealidad,
que es nuestro sentido.
Escapamos de lo que somos
y volvemos en un tira y afloje
como un fino tiento que se tensa.

El invierno es en la rama abierta,
dibujada a cada lado, como un instrumento
de cuerda, guitarra tal vez,
pero sin resolver al ejecutante
que no tiene existencia precisa por ahora.
No me presto al experimento
por ignorancia, pero acompaño
curioso y sin condiciones
el mecanismo que se ha puesto a funcionar.
Las ramas son sonidos que escapan
en un punto de fuga
y no líneas que dibuje el manzano.
Esto de trazar una sucesión de puntos
en el espacio parece teoría,
pero no lo es si atendemos a la relación
que provocan en la lectura del conjunto,
si acaso ya hemos olvidado
la insinuación de la obra musical.

Dan ganas de dibujar así, de ese modo,
con todo el cuerpo antes
que con la mano, con esa precisión
y ese conocimiento de la línea,

como un creador que sabe lo que hace.
Hay un boceto previo
que de cualquier modo, pero no
a cualquier precio, nos lleva
hasta el manzano
que tenemos ante nosotros.

Donde hubo agua sed queda,
dice mi tío, y yo le digo
que es como aporrear un recuerdo
que apreciamos y no sabemos
si sólo se trata de un espejismo.
Algo en común tenemos con esa forma
donde alguna vez se hospedó la fragancia.
Pero que se sepa: no nos pide nada.
En su lucha quieta el manzano
parece rozar el orgullo
de los vencidos.
Pena da la palabra pena,
y lástima la palabra lástima.
Todo se pierde en nada,
de lo que fue a lo que es,
de lo que es a lo que será.

No sería extraño
que por su boca hablaran los otros,
los que conocimos
y creímos olvidados; de pronto
volverían con sus voces alborotadas
a decir lo que no pudieron
o se olvidaron de decir
o creían sin importancia

o no sabían que podía ser dicho.

¿Nos oculta algo?
Desde el comienzo no ha hecho
otra cosa que hacernos creer
su historia personal.
Yo la creí al menos, y sólo espero
que no me haya metido la mula;
no le veo cara para la mentira
ni aún debajo de la cara que le conocí
en tiempos mejores.
¿Recuerdan?:
flores rojas que dan paso a las blancas,
chucherías de septiembre,
donde estaba casi toda
la verdad concentrada.
¿Cuántos manzanos pudimos
encontrar en el manzano?

El final es sin contemplación.

Fuera de eso creemos
que no le queda nada, si nada
fuera el orgullo, la espera, el sueño,
el largo invierno que tiene por delante.

3

El ciruelo

El ciruelo

no olvides despertar
peleando
en medio de la noche

Darío Canton
(“Corrupción de la naranja”)

Ante su forma escurridiza
se tiene una sola sensación:
que nunca va a estar de acuerdo
con quien lo mire, menos
todavía con quien lo intente definir.

De entrada, es imposible asirlo
de cualquier modo como a un manojo
de ramas finas y quebradizas.
Parece que esas ramas dudaran
en su recorrido
y que no estuvieran conformes
con el difícil camino trazado.
Se puede admitir
que no hay plan previo
para ser un ciruelo,
y creo que es en esto donde encuentro
un parecido con mi pulso
que improvisa
un trazo desconocido.

Estoy a punto de decir que está huérfano

de armonía y que es vano el intento
de encerrarlo en los límites de la escritura,
pero no tarda en aparecer
la verdad: pensar al ciruelo
será tan complicado como ignorarlo.

A mí se me hace que habla de algo,
que no se queda callado.

Sacar yuyos del rosal, guiar
la enredadera o caminar bajo el ciruelo
que habla de algo es lo que hicimos
durante el verano, pero eso
ya pasó.

Ahora la vocecita es
imperceptible, hay que acercarse
para oírla y a veces ni eso es posible
porque el árbol se vuelve esquivo,
no se entrega a la charla fácil,
tiene sus maneras, creo que me torea
como el perro pero sin ladrar.
En esto es un igual.
Se parece
a la conciencia que dispara
sus dardos contra sí misma
cuando algo la amenaza.

Una piedra en el zapato
es algo que tampoco se ve.
Un desprevenido no se daría cuenta
de nada, saludaría sonriendo

y se iría por el camino
sin volver a mirar.

El otoño ya pasó y el ciruelo sigue ahí,
sin libreto y sin público que aplauda.
Sin embargo mis ojos son ahora
una parte del ciruelo, como el árbol lo es
de quienes convivimos alrededor.
Apuesto a que sería capaz
de decir nuestros nombres.

Debería darse cuenta
de lo mucho que esperamos de él,
aunque nada espere de nosotros.
Por lo menos debería
esperar lo inesperado.
Tratándose de vecinos
el entendimiento es lo primero.
No será necesario decirle
que no se va a librar así nomás
de nuestra compañía.

En los días de junio
mis ojos miraron y volvieron
a mirar, una y otra
y otra vez más, atraídos por algo
que no terminaba de manifestarse.
Puede no ser suficiente para hablar
del quid del ciruelo.
Todo rastro piadoso
fue borrado en este tiempo,
desde la caída de las primeras hojas

hasta la desaparición de las últimas.
Las verdades son a largo plazo.
Y si bien el ciruelo está de cara al invierno
todavía no sabemos quién
se mira en quién.
Sabemos que las ramas buscaron
la pared cercana, la ventana en otro costado
y el aire sobre el techo de cinc;
nada las detuvo.
Fueron, por último,
hacia el terreno contiguo,
saltaron el cerco divisorio,
cayeron y se elevaron a gusto,
porque en ambos planos está el sentido
de su naturaleza.

Tal vez desee -y no le salga-
como el cisne de cuello negro
trazar con su vuelo, sobre el lago,
una línea ilegible
antes de convertirse
en nada.

Lo prohibido le atrae,
aunque sepa y no haga caso
del riesgo.
Por ahora no parece el pensamiento
sino la pasión la que hace
el trabajo grueso
de abrirse paso.

Para dar lugar a la confusión,

en el vidrio de la ventana
se refleja un ciruelo distinto,
que es éste y que es otro.
En esa imagen las formas se simplifican.
El caño del desagüe asoma detrás,
en el ángulo que hace la pared
con el cavado de la ventana;
el agua ruidosa tiene una dirección,
baja del techo por la canaleta
y enfoca el hueco que rodea
el tronco del ciruelo,
que en verdad son dos, mellizos,
fortalecidos por esta condición,
unidos en la copa, fundidos en uno para siempre,
si el para siempre fuera una posibilidad,
ya que no siempre es una verdad.

Trazo un mapa de lo que pasa por el costado,
de lo que escapa, huye y dispersa, eso
que tendría que pasar por estas provocaciones
que somos nosotros, y nos evita,
le digo al ciruelo.

El agua busca su lugar;
agua de lluvia o deshielo, de nieve
acumulada sobre el techo acanalado,
en declive, para que lo que tenga
que llegar una vez escurrido
llegue sin sobresaltos
a los pies del frutal.
Los dos troncos
se hunden o salen de la tierra,

siempre queda la duda.
Eso se olvida al subir con los ojos
por cada una de las ramas,
que son varias y de formas diversas,
entrelazadas como un solo cuerpo
en reposo, que no es tal.
Los reposos, diría, se recuestan
sobre sí mismos para dormir,
permanecer calmos,
reticentes al fragor del movimiento.
Sin embargo, la línea que cada una
de las ramas sigue en el aire
descubre un balbuceo inquietante:
decir y hacer en el no movimiento,
como quien sueña
en medio de la realidad.

El sueño
que no vemos ni percibimos
y que podría suceder sin embargo
ahora, así, de este modo:
que crecen los brotes
y que los frutos asoman
como hormigas hasta ser
las ciruelas amarillas que se cuelan
entre las hojas tupidas
como ojos que nos miran.

Hablando de las cosas
hablamos de las cosas.
Porque la cuestión es hablar,
si no hablamos todo se cae.

Después viene mi tío a decir
que hablando nada se gana,
pero que hay que hablar para no perder
lo poco que tenemos.
Al ciruelo lo pierde, a la vez
que lo define, su curiosidad.

El salto sin palabras es ilimitado
y es al tanteo; puede ir e irá
hasta donde digan sus deseos
antes que sus posibilidades.
En ese ágil y desordenado estiramiento
se prueba la similitud con el damasco
y la diferencia con el manzano.
Mientras uno de ellos busca
su parte de cielo
el otro no sabe hacerse el distraído
con sus restos que se pudren en la tierra
fuera de toda consideración:
los inocentes siempre dicen la verdad
y acá no tienen mucho que hacer.

El desorden de las ramas del ciruelo
se torna evidente; sólo después
de un momento de observación
podemos adecuarnos
a cada uno de los planos,
independientes entre sí,
que no obstante suman un todo,
como si el divorcio de la forma
entre cada una de las partes
fuera nada más que engaño momentáneo.

La luz quiere dispersarse,
como si huyera,
pero vuelve a reunirse
atrás, distanciada, en una actitud
que podríamos definir de amague
teatral, que se concreta
en el mismo pellejo del ciruelo.

La tentación por los flancos le sirve
para abrir como la gallina las plumas;
de ese intento nadie puede participar,
ni tirar ni empujar del carro
sin que parezca un experimento ridículo.
En esa contorsión se olvida de sí mismo,
del sustento que le dan los pies
aferrados a una sola raíz;
en el puño te agarro, parece decir.

Lo consistente permanece callado.
Lo efímero se balancea medido,
preciso, hacia los extremos,
y semeja fugarse sin demasiada tensión.
Se fuga, es cierto, donde termina
el ciruelo, y a veces antes,
a juzgar por la disposición
de unos brotes con aspecto de agujas
que en conjunto, en hebras que se abren,
logran dar la forma que semeja una huida.
Esas puntas con aspecto de dardos
parecen contradecir al resto del ciruelo.

En esa brevedad se tensa,

mientras mantiene una postura
de inusual comodidad;
son pequeños fogonazos
que descompuestos en partículas
de luz y traducidos en líneas
vienen a conformar las puntas rectas
que hieren el aire.
Es el último esfuerzo de los brotes
para no ser límite, materia irreal.
Con el último aliento es capaz
de decir yo soy la realidad
y no picárselas, quedarse
para asistir al final del acto.

Sin hojas, sin nada,
estaba desprovisto el ciruelo
cuando cayó la primera nevada del año.
Blanco el arbolito, cargado, inmóvil,
ni incómodo ni quisquilloso,
algo buscaba enunciar;
las nubes densas habían bajado,
el cielo estaba en la punta de la nariz.

La nieve nos recuerda cosas
y produce asociaciones que se adelantan
a los hechos y a la esquiva
finalidad de la poesía.

El sol se descomponía
en los cristales helados de la nieve
alrededor del ciruelo,
nuestras manos se hundían para sentir

el espasmo del frío, y no tardamos
en saber que nos recorría el cuerpo
como una descarga eléctrica.

Los recuerdos, los muchos recuerdos
de unos años perdidos y recuperados
y perdidos sin remedio
quedaron a la vista.

Las ramas, sin pereza, soportaron
el peso de los copos acumulados
que permanecieron varios días
prendidos desde arriba.

Se modificó el aspecto del ciruelo,
recuperó su actitud del verano,
ya que no su forma perdida,
y en parte se oscureció la corteza
que ha quedado a la vista,
en contraste con una palidez que se marca
en fetas y en filetes.

Toda esa escena pasó, por el momento,
y las ramas están ahí, invernando,
dispuestas a seguir su tic.
El podador prometió venir
ni bien escampe el mal tiempo;
hará lo suyo con las tijeras afiladas
y con el serruchito curvo
de dientes parejos.
Pero no son escarmientos que duren;
cuando vuelvan sus fuerzas

las ramas van a seguir
cada una por su lado buscando
un camino infrecuente para llegar
adonde tampoco saben.
Para qué saberlo, si en la experiencia
se revela el descubrimiento.
¿Sólo por temor, inseguridad, duda?
No es algo de lo que pueda
preocuparse el ciruelo mientras tenga
la ilusión de la aventura.

Para el ciruelo el tiempo
es expansión, no dirección.
Es nuestra mirada la que se confunde
con pasos que siguen una ruta abandonada.

A cada pregunta el ciruelo dirá no,
no nuevamente, y lo repetirá
siempre que el sí asome
como una invitación.

El árbol es esquivo
y el zigzag es el movimiento común
de quien sólo se anima a vivir el día.
Pero el zigzag es ininterrumpido;
el zig, el zag, la liebre y el perro detrás:
imposible anticipar un dibujo
o una moral para el ciruelo.

La forma desprolija es uno de sus rasgos,
un lenguaje sólo traducible
por las sombras que proyecta

en la pared, figuras delineadas
como un doble de sí mismo,
hasta ser él mismo la sombra del que fue.

No hay dudas: todo es uno,
sombra y ciruelo, sin separación,
y cualquier probable pensamiento
o definición se va perdiendo bajo ese trazo,
cosa viva, en continua rebelión,
inapresable.

Lecturas

La lección del damasco

El artista que es Juan Carlos Moisés, antes y después dibujante, siempre poeta, pinta el cuadro de su damasco como quien hace pública una ceremonia íntima. Al modo del místico, sin exhibicionismos, da testimonio de su revelación para compartir una alegría: el inevitable camino hacia la nada puede recorrerse con natural dignidad.

Ante el damasco, delegado involuntario de todo lo viviente, el hombre vacila, trastabilla en las tres dimensiones y se cuestiona la cuarta. ¿Qué es el tiempo para el sencillo árbol que da frutos y luego se contrae por el frío?

La dramática escena conmueve al ojo humano y desata su ambición de razones, de causas últimas. (El vasto universo, su desmesura, no resulta aconsejable para la platina del microscopio).

Habría que verlos, uno frente al otro, en la tarde de otoño y a la hora señalada, listos para intercambiar sus disparos. La tensión va en aumento hasta que se aclara lo desigual del duelo: la esencia del damasco es irreductible a los rigores de una lógica nacida para otros menesteres. El árbol resiste a pie firme e impone sus reglas vegetales. Al rendir sus armas, noblemente, el hombre habla por su amigo, elabora estrategias para protegerlo, elogia su inocencia, en un viaje "de cabeza hacia el árbol real".

La noche los arrastra, empareja las acciones pero enseguida se produce un nuevo desempate: la oscuridad no puede conjurarse con palabras y el damasco, sin una queja, confirma su lección.

Los acentos argentinos de la voz de Moisés permitirían a cualquier lector rastrear su linaje en las mejores tradiciones de nuestra poesía; otros preferirán buscar esos ancestros en la lírica universal. Con todo, es el tono envolvente y ascético, casi hipnótico, para crear y vincular personajes, ambientes y situaciones, el que otorga un raro e inconfundible sello a sus textos. Los temas eglógicos, siempre presentes, crecen con la impronta de Moisés a una dimensión épica, en giro asombroso, revelador. El taumaturgo opera así: toma un modesto pañuelo, lo pliega lenta y cuidadosamente y cuando abre la mano sale volando una paloma. Una paloma que canta, que antes no existía.

Raúl O. Artola

Luz de invierno

Alguien, un hombre, se detiene frente a un manzano. Es un árbol al que lo vincula una historia, y un lazo familiar: él mismo lo ha plantado, en un lugar señalado (“Esta es buena tierra, dijo mi tío”). Es el principio del invierno, y el manzano, a la intemperie, desprotegido ante el viento y la lluvia, evoca la realización de la primavera. Y ese mismo despojamiento es la condición de una rara plenitud.

La primera observación del sujeto parece de lo más común: ha pasado el tiempo. Pero aquí se encuentra uno de los ejes del poema. Lo que marca ese transcurso del tiempo es, en primer lugar, la separación del hombre y el árbol. Por más que el hombre haya preparado el sitio de arraigo, a partir de ese momento el manzano ha tenido una existencia independiente, una existencia inscripta en otro tiempo. Uno vive en la sucesión horizontal, el otro muere y renace en el ciclo de los estaciones; uno mide su duración por días (el día en que plantó el árbol, el día en que lo reencuentra), el otro por estados. La distancia significa una diferencia insalvable, porque el ser se construye, cada vez, como un predicado del tiempo; y a diferencia, por ejemplo, de la lluvia, que impregna al sujeto de nostalgia y extrañeza y lo remite sobre su pasado, el manzano parece cerrarse sobre sí mismo, como si enmudeciera. Es cierto, hay algo en común, pero esta afinidad no está dada, más bien surge en ese encuentro del que habla el poema. “El manzano” es una historia de paisanos, “como se les dice a los que son de la misma tierra”. Y aquí se abre otra fisura. Si el manzano “está diseñado minuciosamente” y crece “ajeno a cualquier ligereza de la imaginación”, eso se explica en razón de su arraigo; el hombre, en cambio, tiene un vínculo imaginario con la tierra, irreal a la sombra del que nutre al árbol. Con toda su aparente debilidad, el árbol contiene una reserva de fuerza desconocida para el hombre; y allí, quizá, se sostiene ese “secreto poderoso” al que aluden los versos de Alfredo Veiravé citados en el epígrafe.

Los capullos lo hacían vistoso, pero ahora que los ha perdido, y ahora que el invierno tiende como un aura, el manzano muestra la “delicada estructura” de sus ramas gruesas. Una forma inmóvil que no opone ninguna

resistencia a los embates del entorno y sin embargo los desafía con su quietud. Hay otro tipo de belleza, entonces, menos evidente que la de la primavera, pero quizá más importante. “Habrá que ver si sus palabras/ dicen la verdad”, observa el hombre. Y en tanto verdad y forma, y forma que habla de sí misma y acontece a simple vista, sin necesidad de figuras ni de expresiones grandilocuentes, el manzano evoca al poema, cuyo tiempo de cumplimiento es también otro tiempo respecto de las ocupaciones habituales y cuya materia Juan Carlos Moisés entiende a veces como una tierra que debe ser preparada y por lo que es necesario cuidar las pocas y precisas palabras que se han de cultivar y a veces como un árbol, donde los versos se extienden igual que ramas, “ramas ruidosas”, dice en un poema de Animal teórico.

Como un poema, el manzano tiene varias versiones; y la mejor es la de esta época, cuando “las ramas son sonidos que escapan/ en un punto de fuga”, y una cierta iluminación abriga al hombre y al árbol, tanto más confortable con la perspectiva de un invierno prolongado. Aunque parezca dudosa su estabilidad, el manzano se tiene en pie precisamente porque queda reducido a lo que es, y con él tiene en pie una verdad, la de una experiencia que otorga calor y reparo en la intemperie.

Osvaldo Aguirre

El devenir ciruelo

El devenir ciruelo es tan impreciso como el devenir poema. Sus giros, sus desplazamientos, sus fugas, son dibujos que proliferan en el aire, quieren ser prolongación de la cosa, establecer tramas subterráneas. Pensar el ciruelo es pensarlo desde su disonancia, desde sus silencios, desde su improvisación. Él ejecuta desde su exhibición muchas músicas, muchos registros, como los que asisten al poeta. Moisés logra que esa cosa llamada ciruelo se transforme en sujeto, que escribe, que mira, que habla, y su lenguaje es díscolo, impiadoso, exasperado, atormentado.

El ciruelo, al igual que su interlocutor, se despoja, se muestra desnudo, afronta el invierno, como quien hace introspección y balance de una vida intensamente vivida. Su interlocutor limpia el rosal, elimina los yuyos, cuida la canaleta. Con sus ramas desnudas el ciruelo se mirará en la ventana, se asomará al muro, sentirá alivio cuando todas sus hojas hayan caído; y asumirá el riesgo de afrontar así el viento del invierno.

En secuencias breves, se abre paso una intensa fenomenología del ciruelo, ahondando en su reposo, que anunciará un futuro de hojas y frutos, o fugas que anuncian una variedad de luces simbolizadas por los brotes. Luces que a través de sus ramas oscuras anuncian la nieve, que lo hacen pensar el tiempo y ofrecer nuevas orientaciones para sus ramas. Un cambio de cuerpo para un nuevo tiempo. Bien lo dice Moisés: “para el ciruelo el tiempo es expansión, no dirección”. Así también, devenido en una imagen del poeta, que no es autocomplaciente con su trabajo o el éxito, sabe que la expansión se da en zig-zag, sin certezas, guiado por el deseo de no repetirse.

Fernando Kofman

CONTRATAPA

“Al modo del místico, sin exhibicionismos, da testimonio de su revelación para compartir una alegría: el inevitable camino hacia la nada puede recorrerse con natural dignidad.”

Raúl O. Artola

“Es el principio del invierno, y el manzano, a la intemperie, desprotegido ante el viento y la lluvia, evoca la realización de la primavera. Y ese mismo despojamiento es la condición de una rara plenitud.”

Osvaldo Aguirre

“El ciruelo, al igual que su interlocutor, se despoja, se muestra desnudo, afronta el invierno, como quien hace introspección y balance de una vida intensamente vivida.”

Fernando Kofman

DATOS DEL AUTOR

Juan Carlos Moisés, Colonia Sarmiento, Chubut, 1954.

Se desempeñó como profesor de Literatura y Teatro en escuelas de nivel medio de su pueblo natal.

Desde 2017 reside en Salta.

Publicó:

Poemas encontrados en un huevo (1977)

Ese otro buen poema (1983)

Querido Mundo (1988)

Animal Teórico (2004)

Palabras en juego (2006. Primer Premio 1999, Subsecretaría Cultura de Neuquén).

Museo de varias artes (2006. Primer Premio FNA 2005)

Esta Boca es nuestra (2009)

El jugador de fútbol (2015)

Conversación con el pez (Antología, 2017. Premio Poesía Destacado ALIJA 2018. Y Premio Poesía de la Academia Argentina de Letras a la mejor obra del trienio 2016/2018, compartido con la poeta Inés Aráoz.)

El viento que hay acá afuera (2021)

Notas sobre poesía:

Una lucha desigual con las palabras (2016)

Cuentos:

La velocidad de la infancia (2010, 2018)
Baile del artista rengo (2012)

Teatro:
Desesperando (2008)
Pintura viva, El tragaluz, La oscuridad (2013)
Con el grupo "Los comedidosmediante" dirigió sus obras: *La casa vieja, Pintura viva, Muñecos un cuento de locos, El tragaluz y Desesperando.* Estas tres últimas obtuvieron el Primer Premio Provincial y representaron a Chubut en las Fiestas Nacionales de Teatro de Mendoza (1993), Tucumán (1994) y Catamarca (1997). *El tragaluz* fue premiada en la Fiesta Nacional de Tucumán y se presentó en el Teatro Nacional Cervantes.

Como dramaturgo, su obra *Bolitas negras* obtuvo el Premio Teatro en Patagonia 2012, Premios Teatro del Mundo, Universidad de B. A., Centro Cultural Rojas.

Durante la pandemia, en el ciclo "Yendo de la escena al living" (Mendoza), se presentaron por streaming sus obras *Mate frío* (2000) y *Mendigos del agua* (2021).

En 2006 el Municipio de Sarmiento (Chubut) lo declara "Poeta ilustre de la ciudad".

Epub Validado: SIGIL